

DISCERNIMIENTO APOSTOLICO EN COMUN

Adolfo Nicolás, S.J.
Superior General,
Compañía de Jesús

Durante la primera mañana del curso/taller del “Discernimiento Apostólico Comunitario (CAD) a la luz de la CG35”, en enero 2009, el grupo de unas 86 personas, jesuitas y laicos/as, han gozado del privilegio de reunirse con el P. General, Adolfo Nicolás, SJ. en una conversación de ambiente informal. A continuación transcribimos su contestación a diversas preguntas que se le hicieron.

Me alegro ver tantas personas que se interesan por temas de la espiritualidad ignaciana, su acompañamiento, discernimiento y otros aspectos. Mi charla reflejará básicamente mi manera de enfocar esos temas. Ciertamente me alegra que ustedes hayan tenido la oportunidad de considerarlos, porque eso significa que ya hay un comienzo de diálogo entre nosotros.

La primera pregunta es :***¿Porqué el trabajo de un cuerpo apostólico necesita un discernimiento comunitario permanente? ¿Porqué no es suficiente el discernimiento personal de superiores, líderes, y otros, y es necesario que se implique a todo el cuerpo apostólico de la comunidad?***

Hace pocos días, cuando nos preparábamos para los Ejercicios Espirituales, leía yo un folleto, que me enviaron desde el Japón unas semanas antes. El folleto trata de las enseñanzas

de un Maestro de Zen, muy famoso, y quizás el que más influencia ha tenido en toda la historia del Japón, el Maestro Dogen. El folleto es muy breve. Cada capítulo ocupa una página que desarrolla un aforismo budista, explicado por Dogen. Y hay un capítulo que responde con precisión a nuestra pregunta. Dogen se pregunta ¿Porqué hay personas que temen los cambios? Cuando abren sus ojos tienen que ver que hay cambios siempre.

*¿Porqué hay personas
que temen los cambios?
Cuando abren sus ojos
tienen que ver que hay
cambios siempre*

He vivido seis años en Filipinas, y he visto cómo cada grupo nacional celebra su propia cultura, su propia espiritualidad, su propia teología, y, naturalmente, de forma diferente. La cultura japonesa está basada en el cambio. Lo único fijo para los japoneses es que hay cuatro estaciones. Y la esencia de las cuatro estaciones es que están cambiando una y otra vez.

Miremos a los cerezos en flor. El cerezo es el símbolo de la cultura y belleza japonesas. Florece de pronto. Después de unos pocos días el tiempo se vuelve frío, viene la lluvia, y los pétalos se caen, y cubren el suelo como una alfombra. Todo muy hermoso sin duda. Pero lo esencial de la flor del cerezo es que se marchita en una semana. Si el buen tiempo continúa más de una semana, los japoneses sufren ansiedad e inquietud, y se preguntan qué anda mal en el universo.

Todo está cambiando. Por eso necesitamos el discernimiento permanente. Hace un año me eligieron General, y ahora veo las cosas de manera diferente de cómo eran hace un año. Nuestras prioridades no han cambiado, pero sí ha cambiado la manera de considerarlas. Después de visitar diferentes partes del mundo me doy cuenta de que mi forma de pensar ha sido muy limitada. He tenido que cambiar porque la realidad no es ya la misma en todas partes.

Mi predecesor, P. Kolvenbach, hablaba de la fidelidad creativa. Fidelidad—porque hay algo básico en nuestra relación con Cristo, la Iglesia, el mundo y la humanidad. Pero al mismo tiempo es creativa—porque tiene que continuar cambiando.

San Ignacio nunca estaba contento con el *status quo*. El famoso *magis* que él propone sugiere cierta falta de satisfacción con la manera cómo van las cosas. Esto quiere decir un rechazo espiritual al estado actual de las cosas.

En nuestras Constituciones, y también, estoy seguro, en el Nuevo Testamento, los verbos usados son los activos – amar, servir, avanzar, andar,

proceder, aspirar, crecer—todos verbos de acción. ***La vida espiritual es crecer o disminuir.*** No existe el estar parados en un sitio. Si no crecemos, el peso de nuestras debilidades nos domina. Nosotros crecemos, cambiamos, todo el tiempo. Esto supone estar continuamente atentos a lo que sucede a nuestro alrededor, a lo que es bueno y a lo que no es tan bueno.

Las personas a las que servimos cambian también, por eso cambia también nuestra lengua. El lenguaje de los niños, de los adolescentes, de los jóvenes casados, de los casados maduros, de los que trabajan juntos, no es el mismo para todos. Nos damos más cuenta de ello a medida que tenemos más años.

Cuando estuve en la India advertí que en el programa de mi visita incluyeron un mensaje de ánimo a los niños. No sabía cómo debía hablarles. Me preguntaba cuál era su vocabulario y su lenguaje. Una experiencia en un Domingo de Pascua en Tokio, explica lo que quiero decir. Los trabajadores venían a Misa con sus familias y con sus hijos. La homilía estaba a cargo de un sacerdote de la comunidad, que preguntó a los niños qué era lo más importante en sus vidas. Los niños sorprendidos se miraron unos a otros y respondieron: “¡Eso es muy dificultoso!” El sacerdote se dio cuenta de que el lenguaje que usaba no era el lenguaje de niños. Y entonces preguntó: “Bien, ¿qué programa de televisión veis?”. Reaccionaron inmediatamente, pero entonces ¡el no sabía de qué estaban hablando!

Cuando viajo lo que me preocupa no son las comidas o el clima—estoy acostumbrado a países tropicales y no tropicales. Lo que me da miedo es hablar a gentes de las que no sé nada, gentes con las que no he compartido experiencias, cuyos problemas no conozco. No me gusta ir dando conferencias sin conocer a los que me escuchan. Es una experiencia que ya tuve anteriormente, antes de comenzar a servir en una parroquia.

El lenguaje, las imágenes, los símbolos, son diferentes. Como ya saben por la antropología cultural, los símbolos son muy importantes en la vida de las personas. ***Los símbolos nacen, crecen y se desarrollan, enferman y mueren. Algunos resucitan. Tenemos que redescubrir nuestro propio mundo prácticamente en cada generación. Esto lleva consigo percepción, sentimiento, respuesta, capacidad de reaccionar, de hacer frente a la realidad, etc.***

*La vida espiritual es
crecer o disminuir. No
existe el estar parados
en un sitio*

También cambia el corazón de las personas. Se acercan o se alejan de Dios. Por eso San Ignacio mismo, cada vez que iba a celebrar Misa, miraba al interior de su corazón— ¡Cómo deseo que nosotros los jesuitas hiciéramos esto con más frecuencia!— En esa mirada, en ese contacto con su corazón, San Ignacio decidía si oraba a María, a Jesús, o directamente al Padre. Si se sentía

*Vivimos en un mundo
donde nuestras
investigaciones nos dicen
que el cambio irá más lejos
de lo que podemos prever*

muy unido a Dios iba directamente al Padre. Si se sentía algo distanciado iba directamente a Cristo. Y si notaba que la distancia era mayor, sabía que necesitaba una Madre. Oraba primero a María, después a Jesús, y luego al Padre. Si conocemos nuestra propia situación comprenderemos que no siempre estamos en la misma disposición. Debemos cambiar, y tenemos que estar atentos a ello.

Las circunstancias de nuestro apostolado cambian; la situación de un centro de enseñanza cambia, como la situación de una parroquia, y cambia también nuestro conocimiento de la realidad. En un centro educativo los estudiantes son diferentes, una clase no es como la otra, un grupo será imposible de gobernar, ¡mientras que encontramos que otro grupo es maravilloso!

También los padres cambian. Son diferentes, como lo son las posibilidades de aprender, de divertirse, de estudiar, y los medios de enseñanza. Recuerdo que cuando fui al Japón en 1961, teníamos que estudiar japonés por un camino arduo, con un profesor y varios libros. Unos pocos años más tarde aparecieron nuevos métodos de enseñanza, cassettes y diferentes ayudas técnicas. Ahora los cursos son extra rápidos, y en seis meses se aprende a hablar, cuando antes eso requería tres años de estudio.

Vivimos en un mundo donde nuestras investigaciones nos dicen que el cambio irá más lejos de lo que podemos prever.

Por ejemplo, consideremos las investigaciones de nuestro tiempo en el desarrollo del cerebro, cómo se desarrolla el cerebro de un niño. Se abren nuevos horizontes. Tengo una cuñada que, cuando comenzó a enseñar inglés supletorio en la universidad, se interesó vivamente en saber porqué los alumnos necesitaban ese inglés supletorio, ya que eran bastante inteligentes, abiertos y receptivos. Entonces se dio cuenta de que sus cerebros funcionaban de manera diferente a los de otros alumnos. Se interesó por la neurobiología, y pronto aprendió que tenemos diferentes cerebros, y que la forma cómo se combinan

y relacionan activamente unos con otros determina en gran parte la manera cómo actuamos, aprendemos y estudiamos, etc... Todos estos factores cambian nuestra manera de relacionarnos, y de trabajar.

También así cambian nuestras preguntas. Nos preguntamos si debemos enseñar en nuestras aulas, o más bien trabajar investigando en educación para ayudar a los centros de enseñanza. ¿Debemos trabajar con alumnos de clases medias, o más bien con emigrantes o con los pobres de los suburbios, o quizás con niños de zonas rurales? ¿Debemos aspirar a tener centros de prestigio, o más bien centros más simples que pueden multiplicarse, de tal forma que la educación del país se desarrolle según las necesidades del país de que se trate? Y, siguiendo en esta línea,

*Cada generación tiene
que redescubrirse a si
misma*

¿debemos trabajar en centros tradicionales o en escuelas técnicas? Tenemos colegios comunitarios que se ocupan de alumnos “desechados”. En lugar de formarlos humanistas, como en el pasado, y sin perder el humanismo de nuestra educación, intentamos formarlos para el trabajo, que es un horizonte totalmente diferente. En lugar de trabajar en centros educativos independientes, se podría trabajar en redes de centros, como Fe y Alegría en América Latina, o los centros de Cristo Rey y de la Natividad en los Estados Unidos. La respuesta a estas preguntas será totalmente diferente en Canadá, Italia, Timor o en otros países.

Todo esto significa que necesitamos discernir. Sin embargo nuestro discernimiento no puede hacerse de una vez por todas. Tenemos que continuarlo porque el proceso nunca termina. Aquellos que son o han sido Provinciales conocen bien este trabajo permanente, este reto continuado. El mundo trata de responder a nuestras necesidades por caminos diferentes. Las Situaciones nuevas piden nuevo discernimiento, creatividad nueva, y nuevas respuestas.

El 1 de enero del 2000, estaba yo en Manila, después de terminar mi período como Provincial del Japón. Fui invitado a dar una charla a jesuitas. Elegí como tema lo que podemos aprender de 2000 años de historia de la Iglesia, lo que en el pasado dio resultado y lo que no lo dio. Esa reflexión nos pone exactamente en medio de la luz, que pone de manifiesto la necesidad de cambio. ***La historia de la Iglesia es una historia de cambio, pero también la historia de la vida religiosa, y del apostolado seglar. Aparecen nuevas formas, nuevo desarrollo, nuevas necesidades y nuevas respuestas.***

DISCERNIMIENTO APOSTOLICO EN COMUN

Cada generación tiene que redescubrirse a si misma, redescubrir el cristianismo, y redescubrir las respuestas al Evangelio de Jesucristo. Cada generación tiene algo que descubrir.

Pero ¿Qué pasa con la Tradición? La Tradición nos da una base y nos da sabiduría. Tenemos que aceptarla del todo y hacerla nuestra. Si no es así, no nos será útil. A veces tendemos a aceptar solamente parte de ella. Nos inclinamos a decir: "Bien, pertenezco a esta tradición, pero dejo fuera la principal parte de ella."

Por eso necesitamos discernir. Las preguntas serán sobre qué, cómo, hasta cuando, etc. Por ello tenemos programas de formación—una formación que nos prepare a nosotros y a otras personas a entrar en este proceso de cambio. ***El Discernimiento es la manera de vivir en medio de un mundo cambiante. Tiene que ser comunitario, porque nadie por si mismo puede controlar todo, y Dios no se permite a si mismo ser cautivado por cada uno.***

En el discernimiento nos damos cuenta de que no podemos nunca poseer la voluntad de Dios. Podemos estar muy cerca de conocerla, y podemos decir: "Bien, pienso que en las circunstancias presentes, con oración, con consenso, con los datos que tenemos, con nuestras convicciones, estamos lo más cerca que podemos de la voluntad de Dios. Esta es nuestra decisión." Pero San Ignacio continuó poniendo de manifiesto que si tenemos nuevos datos que dan luz a nuestro problema, debemos siempre estar dispuestos a reconsiderar. Dios es libre y mucho más amplio que nuestro entendimiento.

La Obediencia nunca es una realidad de un solo acto. El Discernimiento es un proceso donde cada factor cuenta: toda experiencia, todo acto positivo y todo dato informativo. Para esto necesitamos comunidad. Recuerden el libro de Hillary Clinton sobre educación, "*It Takes a Village*". De la misma manera, hace falta una comunidad para discernir.

Entonces podemos preguntarnos, ¿para qué tenemos Superiores? Donde hay una comunidad, se necesita alguien que coordine. Si no tuviéramos comunidades no necesitaríamos superiores. Pero el Superior está siempre al servicio de la comunidad, y al servicio de la voluntad de Dios. Tanto el superior como la comunidad tienen que obedecer. Estoy muy incómodo cuando un superior es tan seguro de que conoce la voluntad de Dios, que, pase lo que pase a su alrededor, no está dispuesto a cambiar. Dios nos da señales de su voluntad de muchas maneras, y nosotros conocemos su voluntad al aceptar las señales que nos da. Si no las aceptamos, estamos desobedeciendo, y por desgracia hay superiores que de hecho desobedecen.

El Discernimiento Comunitario, es, en mi opinión, un proceso lento; lento y real. No existe un discernimiento instantáneo. Es cierto, como dice San Ignacio, que en algunos casos, recibimos una luz repentina, como le pasó a San Pablo en el camino a Damasco. Pero el discernimiento es diferente, su naturaleza es la búsqueda, y la búsqueda es un proceso lento.

Si tu no formas parte del proceso, puedes fácilmente ser causa de su ruina. Si no estas realmente implicado en él, nunca estarás en sintonía con él. Si un superior decide cosas porque las tiene muy claras, y la comunidad no ha tenido parte en el proceso, puedo decirles que más pronto o más tarde recibiré cartas de esa comunidad, quejándose de que el superior nunca consulta y decide las cosas por si mismo. La participación de todos, por consiguiente, garantiza el ritmo lento, necesario para un auténtico cambio.

Una última palabra sobre esta pregunta. Pienso que Dios se oculta en el proceso de discernimiento. Si seguimos un proceso que es auténtico, encontramos a Dios. Si tenemos prisa y no ponemos atención echaremos de menos a Dios, que está oculto en él. El proceso es una gran ayuda, y por eso San Ignacio era tan partidario de él. El proceso nos lleva desde donde estamos hasta donde Dios quiere que estemos, pero no debemos dar por descontado que lo vamos a encontrar fácilmente.

Segunda pregunta:

¿Qué elementos y dimensiones debemos tener en cuenta en el mundo de hoy para un Discernimiento apostólico comunitario?

San Ignacio trabaja con nosotros a través de los Ejercicios. Los elementos en los que estoy pensando se relacionan con el tipo de Ejercicios que hacemos. Nos ayudan a liberar nuestras mentes y nuestros corazones para hacer los Ejercicios que tocan la realidad de la gente, las necesidades humanas y el sufrimiento humano. Desde el tiempo de mis estudios de teología he estado pensando sobre cómo Jesús en el Evangelio reaccionaba ante las necesidades de la gente. Jesús reaccionaba de tres maneras. Primera, daba al pueblo lo que le pedían, digamos la curación de la lepra, de la ceguera, de la parálisis, o de

El Discernimiento Comunitario, es un proceso lento; lento y real. No existe un discernimiento instantáneo

cualquier enfermedad que padecían. La segunda, respondiendo a una necesidad oculta, más profunda: el paralítico necesitaba perdón, el leproso necesitaba integrarse en la comunidad, y así en otros casos. La tercera, descubría un nuevo horizonte a todos en general, dimensiones nuevas para todos los que estaban presentes y contemplaban los hechos. Por eso al final de un milagro que Jesús obraba, la gente se sentía feliz, admirando y alabando a Dios, y decían: “¡Esto nunca ha sucedido antes!”

Es un excelente ejercicio para nosotros descubrir lo que el pueblo necesita, y después penetrar con ellos en lo profundo, en lo que realmente necesitan. Ese ejercicio es importante para la justicia y la paz, para la Iglesia, para la vida religiosa. Nos hace contemplar en lo profundo de la humanidad de la gente, y nos muestra las causas-raíces de su condición. No siempre somos conscientes de estos aspectos.

Es importante considerar no sólo los problemas de una persona individualmente, sino la tendencia general. Nos preguntamos a nosotros mismos, por ejemplo, ¿porqué los jóvenes no tienen la ayuda que solían tener, ayuda de su familia, de su formación, de su ambiente? Esto da lugar a un problema diferente. Todo lo que nos pone en contacto con la realidad es de gran ayuda en nuestro discernimiento.

Las tendencias superficiales son patentes, pero superficiales. Citemos, por ejemplo, el tema de alimentos rápidos. Se comen sin que realmente haya tiempo para saborearlos, y en consecuencia la vida para esa persona llega a ser superficial. Un folleto sobre el Budismo Zen dice que la experiencia de comer algo realmente sabroso—cuando lo comes y dices: ¡caramba, esto es realmente bueno!—esa experiencia es una buena preparación para recibir luz, porque es un momento sin pensar (esto es Budismo), sin pensamientos, solo sentimiento puro, un momento de felicidad. La comida rápida nos quita la experiencia del gozo, no deja tiempo para pararse y gozar de algo. No hay gozo libre, nos limitamos a hacer rápidamente lo que tenemos que hacer, y nada más. ¿Cómo afecta todo esto a la gente, jóvenes y mayores?

Estos son los aspectos, que, si los tenemos en consideración, nos ayudarán en el discernimiento. ***Cuando discernimos, somos conscientes de la experiencia, las ansiedades, faltas de seguridad, falta de ayuda, que otras personas padecen, de la crítica y la capacidad para recibirlas.*** Recuerdo que un Profesor jesuita de la Universidad Sofía me dijo una vez, “Sabes, que últimamente encuentro muy dificultoso dar suspensos en los exámenes, porque pueden suicidarse o caer en depresión profunda. Así que me pregunto ¿Qué debo hacer? ¿Por una parte los estudiantes están

sometidos a gran presión, y por la otra son tan débiles psicológicamente que no pueden aceptar un fracaso! ¿Cómo resuelvo este dilema? ¿Cómo puedo ayudarles a fortalecer su carácter? Es un problema concreto para el discernimiento de una comunidad, para un programa pastoral o educativo.

Otros ejercicios influyen en el cambio de nuestros corazones y mentalidades, es decir de nuestra vida interior. Este ejercicio nos hace conscientes de nuevas carencias. **Yo diría que necesitamos conocimientos psicológicos**—No todos nosotros somos psicólogos, pero tenemos que conocer algo de psicología, para que al hablar a las personas seamos capaces de conocer si hay falta de contacto con el Espíritu o simplemente una incapacidad psicológica para enfrentarse a la realidad o hacer elección, y continuar divagando sin rumbo fijo.

el sentido del éxito ha sido uno de los más tenaces enemigos con los que hemos tenido que luchar

Los Ejercicios Espirituales nos ayudan a encontrar nuestra conexión con lugares, grupos, o con resultados. Este es un punto muy básico en la espiritualidad cristiana, como también lo es en el Budismo e Hinduismo. Tu trabajas y haces lo más que puedes, pero tu no estás apegado al fruto de tu trabajo. La conexión con el fruto de tu trabajo es una fuente de infelicidad para muchos de nosotros. Trabajamos mucho y deseamos ver los resultados, pero los resultados dependen además de otros muchos factores. Por eso todas las tradiciones espirituales insisten en el distanciamiento respecto a los frutos. No el despegado hacia el trabajo— no a la pereza— Trabajar duro, pero permanecer despegado de los frutos, libres. El Evangelio dice que si la gente no recibe vuestro mensaje, sacudáis el polvo de vuestras sandalias y sigais vuestro camino, libres y contentos. De esta forma los Ejercicios tratan de tendencias y temores, del estado espiritual de la persona, etc...

Otros Ejercicios influyen en las comunidades religiosas, interior y exteriormente. Por ejemplo, temas de **la forma o maneras de orar de una comunidad.** Algunos pueden tener muy buena voluntad, pero quizás no saben cómo tratar los problemas de la oración comunitaria. Los Ejercicios nos pueden ayudar a descubrir dónde están los problemas—quizás en la falta de unidad, o en el poco aprecio de los valores, en una visión distorsionada, en la falta de disposición a entenderse con los demás, o en algunos factores

ideológicos. Cuando las ideologías están presentes en nuestras comunidades no hay manera de crear un ambiente de comunidad.

Existe también un factor de riesgo. El riesgo, aunque no lo creamos, nos impide discernir. Tales son el riesgo de la pobreza material, de los problemas financieros, de ser anti-culturales, de encontrarse con algo que es nuevo. **Los retos nos traen intranquilidad. En el tema del riesgo pienso que tenemos que prestar especial atención a cómo valoramos el**

*Ignacio era revolucionario
porque tomó muy en serio
la realidad humana como
punto de partida*

éxito. Tengo para mí que el sentido del éxito ha sido uno de los más tenaces enemigos con los que hemos tenido que luchar. Es cierto que el éxito es algo por lo que damos gracias a Dios. Pero es también una gran tentación, como cuando pensamos que debemos permanecer en un puesto, donde no somos necesarios, porque simplemente hemos tenido éxito. O cuando no

queremos exponernos a riesgos porque tememos que podemos fracasar. Bien, la vida de Jesús terminó en un fracaso. Celebramos los éxitos continuamente. ¡Todavía no conozco a una comunidad religiosa que haya celebrado el fracaso en su trabajo por el reino de Dios!

Tercera Pregunta:

La Comunidad Apostólica Ignaciana (laicos/as, religiosos/as, jesuitas) ¿puede ser nuestra contribución específica a la Iglesia de hoy el discernimiento apostólico comunitario?

Aquí tenemos que hablar con gran humildad, porque nosotros somos solamente servidores de la Iglesia. No poseemos nada nuestro. Pienso que este discernimiento ignaciano puede mucho contribuir a la Iglesia.

Podemos ayudar a la Iglesia en algunas pocas de sus necesidades, integrándolas en nuestro proceso de discernimiento. Por eso he dividido este tema en tres estadios: punto de partida del discernimiento, su proceso, y su término.

En el punto de partida, tratamos de esas necesidades de la Iglesia “encarnadas” en el problema real. El discernimiento nunca es abstracto; es siempre sobre algo concreto. Es importante comprender la realidad humana, el sufrimiento humano y la confusión humana. Necesitamos estar seguros de que nuestras preocupaciones y retos son los de la humanidad,

y no otros problemas creados por nosotros. Traer esto al discernimiento de la Iglesia, pienso que es una gran contribución que pueden hacer las comunidades y grupos en sus procesos de discernimiento.

Aprender cómo acercarse a la realidad y sentir su influencia, cómo moverse dentro de esa realidad a impulsos del Espíritu Santo. La Inquisición no encontró nada heterodoxo o aventurado en San Ignacio, pero estaba preocupada porque este hombre se inclinaba hacia algo peligroso, algo revolucionario. Ciertamente él era revolucionario porque tomó muy en serio la realidad humana como punto de partida, y allí encontró la voluntad de Dios. Como Jesús vivió, él vivió en el medio de la realidad; no tomó su salida desde la ley sino desde la vida de la gente, de manera concreta, y desde allí buscó la ley.

Aprender a sentir la acción del Espíritu Santo es una gran gracia para la Iglesia

Para la contribución al proceso de discernimiento, cito tres palabras-clave: conocimiento, escuchar, integración. La primera es aprender a conocerse a sí mismo y a sus mociones internas. El P. Tony De Mello en sus *Sadhanas* ha elogiado mucho este conocimiento como el núcleo de la espiritualidad. Es ser consciente de que Dios trabaja, moviéndose y actuando, y que estamos rodeados por signos y que podemos distinguir esos signos; de tal manera que podemos reconocer el significado de nuestras mociones internas, de nuestros sentimientos y de nuestras inspiraciones, y así podemos discernirlos y tratarlos bien. Así aprendemos a purificarnos, a ser dirigidos, a luchar con cosas que parecen contradictorias y a profundizar en ellas. Ignacio recorrió esos pasos— insistía en la repetición, en la aplicación de sentidos, después en llevarlo a la comunidad, y finalmente llegaba a una confirmación.

La segunda palabra clave es escuchar. Aprender a escuchar al Espíritu Santo. Esto no es algo espontáneo, no hay en ello romanticismo o engaño de sí mismo. Es muy fácil confundir el yo con el Espíritu Santo. Cuando uno se siente satisfecho por algo, puede pensar con precipitación que es el Espíritu Santo. ¡Es mejor esperar! Incluso en nuestra conversación usamos a veces “consolación” y “desolación” con demasiada facilidad. No digamos “hoy me siento consolado”, y precisamente solo porque el tiempo es bueno, hemos desayunado bien y ha desaparecido el dolor de espalda. Eso no es consolación. Aprender a sentir la acción del Espíritu Santo es una gran gracia para la Iglesia. Pienso que es en este terreno donde podemos aportar nuestra

contribución sin manipulación, porque la manipulación lleva consigo la falta de libertad auténtica.

La tercera palabra clave en el proceso es integración. Pienso que podemos ayudar a la Iglesia aprendiendo a integrar nuestros puntos de vista con los puntos de vista de la comunidad.

De nuevo nos encontramos con el discernimiento comunitario. La integración es algo que tenemos que aprender. Tenemos que escucharnos mutuamente una y otra vez, entre nosotros y con la comunidad. Debemos adoptar una posición de gran humildad, y comenzar así a escuchar, no solo, por decirlo de alguna manera, las notas musicales individuales, sino también la sinfonía de toda la orquesta. ***El discernimiento comunitario exige más humildad que la neutralidad personal. Y también exige la aceptación del bien común con preferencia a la idea particular.***

Aquí es también donde ***la obediencia a Dios a través de otros tiene su lugar.*** La obediencia es difícil incluso para los superiores. Pero todos debemos obedecer a la voluntad de Dios. La autoridad es parte de todo el proceso de discernimiento, y no un elemento externo. ***El discernimiento real comunitario demostrará que a fin de cuentas la autoridad confirma el proceso.***

Al final del proceso, pienso que ayudaría a la Iglesia en muchos niveles si nos mostrásemos abiertos y buscásemos signos para confirmar lo que ha sido discernido. No ayuda de forma alguna que nosotros permanezcamos cerrados y fijos en nuestra idea personal, y rehusemos aceptar una decisión que puede ser contraria a nuestra opinión, argumentando que “yo ya he publicado mi opinión, y no puedo cambiar, porque al hacerlo perdería mi fama y mi autoridad”. ***Los signos interiores de confirmación son gozo, esperanza, caridad en la comunidad, y algunas veces incluso la salud.*** Cuando el Padre Charles de Foucault quería hacer algo muy dificultoso, sentía que Jesús le decía en la oración: “Charles, tu salud te ayudará a descubrir mi voluntad”.

Si el proceso se vuelve pesado la gente se aburre y en consecuencia comienzan a abandonarlo. Ese es un signo de que el discernimiento no era bueno. Respecto a su dificultad debemos tener en cuenta que actualmente con menos personas estamos llevando adelante el mismo trabajo, y que podríamos seguir así hasta que las personas se agoten. Ese no es un discernimiento bueno. El discernimiento requiere estar libre de situaciones como esa.

En tales casos tenemos que ser valientes y firmes lo suficiente para adoptar una decisión fuerte, como cesar el trabajo, institución o ministerio, que puede haber sido muy exitoso en el pasado, pero que ahora sentimos que no puede continuar por más tiempo. No podemos destrozar a las personas buscando un trabajo con éxito. Demos gracias a Dios por el pasado y esperemos que otros podrán continuar ese trabajo en el futuro.

Los signos externos positivos son la misma comunidad, el consenso, y, a veces el superior. Pero nunca son buenos signos nuestros provechos personales.

Al final estamos siempre dispuestos a revisar todo si aparecen nuevos signos o nuevos datos. Ignacio estaba siempre dispuesto a reconsiderar. Si él mismo tenía esta voluntad y disposición ¿porqué no hemos de tenerla nosotros? Buscamos la voluntad de Dios no para demostrar nuestra autoridad. Si cambiamos nuestra idea quizás los demás se den cuenta de que después de todo estamos intentando obedecer. Yo pienso que en este punto todos nosotros en alguna u otra ocasión hemos examinado, o tendremos que examinar la prueba de nuestra sinceridad, buena voluntad, honradez y disposición para cambiar nuestra mentalidad.

Traducción: Francisco de Solís SJ. Madrid.